“Los que hablan de Extremadura como si no fueran

 más que pelados páramos, desnudos de árboles,

 abrasados por los soles y los hielos, áridos y tristes,

 no han visto estas tierras sino el correr del tren y

 muy parcialmente”.

 Miguel de Unamuno

En nuestra geografía española hay mucha diversidad de paisajes, pero espacios naturales tan poco alterados por la mano del hombre como en Extremadura, es difícil encontrar.

Huía de ciudades gigantes, de playas abarrotadas, de circuitos turísticos monumentales llenos de “souvenirs” donde, sin querer, agobian y restringen tu libertad y, en estos apacibles parajes, he encontrado el sitio idílico para aislarse cuando se va huyendo del mundanal ruido.

El poder hablar, dialogar, y relacionarte con estas gentes sencillas, tiene asimismo, la fuerza y el vigor de un bálsamo eficaz que te cura, te llena, te enriquece y, sobre todo, “no te deja indiferente”.

En el transcurrir de mi viaje he comprobado la cantidad de tradiciones y leyendas que nos han salido al paso en “la Vera”, algunas tan antiguas que se pierden en la noche de los tiempos.

Por su parte en “las Hurdes” me maravilló la fuerza que tiene el paisaje, unido a la sencillez de sus gentes tranquilas, donde la vida se ve y se vive de otra forma. Toda la comarca en sí es un edén de cascadas, meandros, ríos de agua cristalina que cruzan montañas perfumadas y valles vírgenes.

 Del Libro de Viajes:

 Por el norte de Extremadura

 “De la Vera a las Hurdes”

 Autor: José Luis Pablo Sánchez